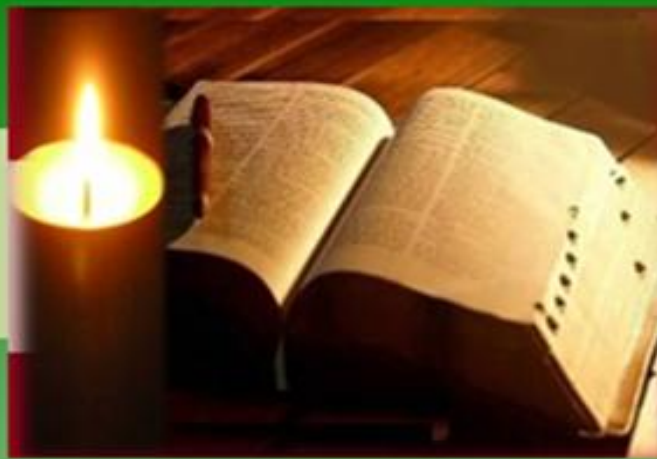


LECTIO



DIVINA

DOMINGO 21º



Ordinario

P. Carlos Pabón Cárdenas, C.M.

CICLO C



PADRES EUDISTAS
PARROQUIA SANTA MÓNICA
CALI - COLOMBIA



*Universalidad de la Salvación
y esfuerzo por lograrla*

El plan salvador de Dios cobija a todos los hombres y mujeres de la historia, en todos los tiempos y lugares. Para Dios el hombre es su criatura que lleva su **imagen y semejanza** (Gn. 1, 27) y, aún más, a partir de la Encarnación, todos son sus hijos, conocidos y amados en su Hijo Jesucristo. Así nos lo enseña la lectura de la Palabra de Dios de este Domingo.

1. PREPARACION: INVOCACIÓN al Espíritu Santo

*Espíritu Santo,
Señor y dador de Vida,
Ilumina nuestra mente y nuestro corazón
para que, al acercarnos a escuchar la Palabra,
demostramos gracias al Padre
que nos llama a la salvación
y reavivemos en nosotros
el compromiso misionero
para compartirla
con todos los hombres y mujeres del mundo.*

*Danos la sabiduría
que nos permita discernir
el camino correcto para entrar
por la puerta que conduce a la Vida.
Amén.*

2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Is. 66, 18-21: *«Traerán a todos sus hermanos de entre todas las naciones»*

A ese redil de ovejas están llamados todos. La primera lectura, escrita luego del regreso de Babilonia muchos años antes de la venida de Cristo, nos cuenta aquella procesión incontable de pueblos hacia Jerusalén: *«Vendrán para ver mi gloria»*, dice el texto. Esa gloria no es sólo el esplendor divino que encandila al hombre y provoca en él la admiración y la alabanza, sino sobre todo la manifestación de Dios cuando, haciendo gala de su poder y su misericordia, interviene para salvación de todos.

En los lejanos tiempos del profeta Isaías, unos cuantos siglos antes de Cristo, se escucha decir a Dios: *«Yo vendré para reunir a las naciones de toda lengua»*. El pecado había causado la lejanía de Dios en Babel. Allí imperó la división y la discordia (cfr. Gn. 11, 1-9). Pero para Dios no hay límites lejanos. El texto nos recuerda a aquellos pueblos que en el mundo conocido de la época eran las fronteras del hombre: *«Tarsis, Etiopía, Libia»*... Dios los convoca para que *«vean su gloria»*. No podemos pensar que Él llame a todos simplemente para hacer ostentación de su grandeza y su poder.





En la Biblia la «*gloria de Dios*», es su **manifestación salvadora**. Es su poder puesto con misericordia y grandeza al servicio del hombre. Son pueblos lejanos que, dice Dios, «*nunca oyeron mi fama ni vieron mi gloria*». En cambio, el Pueblo de Israel había sido **testigo de esa gloria** salvadora en el Éxodo, en el paso del Mar Rojo, en el Sinaí. Esa *Gloria divina* habitaba en medio del Pueblo en el tabernáculo. Israel tenía en ella toda su confianza. (Éx. 40, 34-38). La **Gloria** era para ellos la *presencia de Dios* en quien depositaban su esperanza.

Al ofrecimiento divino todo el mundo se pone en movimiento hacia Dios. No hay discriminación alguna «*De todos los países traerán a todos sus hermanos al templo del Señor*»... Es el encuentro de esa *Humanidad necesitada* con el único *Dios salvador*. No vienen con las manos vacías. Traen ofrendas que representan su condición humana. Son sus luchas, el fruto de sus fatigas y de su arte. Y Dios da un pase adelante. Se rompe la estrecha barrera del Pueblo de la primera alianza. Todos son ciudadanos del *nuevo Pueblo de Dios*. Incluso, ya no habrá sacerdotes y levitas de exclusividad de una tribu: «*De entre ellos escogeré sacerdotes y levitas*». También ellos tendrán acceso a Dios en representación de sus Pueblos. El servicio divino estaba restringido antes a una familia del Pueblo. Ahora todos tienen la oportunidad de ser llamados.

Ese encuentro de Dios con el hombre se da en forma privilegiada en la encarnación del Hijo de Dios. San Juan nos dice que «*la Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros, y nosotros hemos visto su GLORIA*» (Jn. 1, 14). Es la misma Gloria divina, encarnada en Jesucristo, gloria que servía de vínculo y punto de encuentro entre Dios y todos los pueblos del mundo, en Isaías.

En la historia de la salvación Dios ha actuado con pedagogía educadora. Ha pasado del individuo a la familia, de la familia a la sociedad. Así llevó a Abraham a su gran experiencia de fe y de esperanza. En un momento el pueblo de la promesa pensó quizás que su conocimiento de Dios era exclusivo. Dios le abrió siempre los horizontes. La primera lectura nos lo ha recordado.

Sal. 117(116): «Vayan al mundo entero y prediquen el Evangelio»

El salmo confirma claramente el sentido de la primera lectura. La evangelización es para todos, para todas las lenguas (Pentecostés). Por esto Cristo envía a los discípulos «*por todo el mundo*». Así se manifiesta la *universalidad* de la misericordia y de la fidelidad de Dios.

Hbr. 12, 5-7.11-13: «El Señor reprende a los que ama»

Todavía hoy el texto de la segunda lectura versa sobre las dificultades de la vida cristiana. La exhortación, después de poseer el ejemplo de Cristo (cfr. el Domingo anterior), señala el valor pedagógico de los sufrimientos. Es la misma doctrina de Jesús, en el evangelio de hoy: «*Esfuércense en entrar por la puerta estrecha*».



Los hebreos llevan mal el exilio y la lejanía de la Ciudad Santa. El autor les hace ver la prueba como una corrección que hace Dios con ellos, al igual que un padre. De la experiencia diaria del castigo paterno, pasa el autor a la visión de los acontecimientos desagradables de la vida, como reprimendas al estilo de los rabinos en sus correcciones a los discípulos. Así Dios nos prueba, como a su Hijo crucificado, para acogernos amorosamente.

El mensaje de la carta a los hebreos nos da una clave religiosa para entender mejor el misterio de las penas y pruebas de la vida. Dios las usa no para «castigarnos» -Dios no es un Dios de castigo- sino para purificar nuestros pecados y errores y para mejorar la calidad humana y cristiana de nuestras vidas.

Se conforma el *Pueblo nuevo*, purificado con amor de padre por Dios mismo, llamado para colmar su felicidad en la nueva casa de Dios que se llama la Iglesia

Lc. 13, 22-30: *«Vendrán de Oriente y de Occidente y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios»*

EVANGELIO DE JESUCRISTO SEGÚN SAN LUCAS

R/. Gloria a Ti, Señor.

La puerta estrecha.

Reprobación de los judíos infieles y vocación de los gentiles.

//Mt 7:13–14.

²² *Atravesaba ciudades y pueblos enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén.* ²³ *Uno le dijo: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» Él les dijo: ²⁴ «Luchen por entrar por la puerta estrecha, porque, les digo, muchos pretenderán entrar y no podrán.*

//Mt 25:10–12; 7:22–23.

²⁵ *«Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, se pondrán los que están afuera a llamar a la puerta, diciendo: ‘¡Señor, ábrenos!’ Y les responderá: ‘No sé de dónde so’.* ²⁶ *Entonces empezarán a decir: ‘Hemos comido y bebido contigo y has enseñado en nuestras plazas’.* ²⁷ *Pero les volverá a decir: ‘No sé de dónde son. ¡Retírense de mí, todos los malhechores!’*

//Mt 8:11–12.

²⁸ *«Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando vean a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras a ustedes les echan fuera.* ²⁹ *Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios.*



//Mt 19:30; 20:16; //Mc 10:31.

³⁰ «Pues hay últimos que serán primeros y hay primeros que serán últimos».


Palabra del Señor.

R/. Gloria a Tí, Señor Jesús.

Re-leyamos la Palabra para interiorizarla:

Ubicación en el ciclo c

**2. Segunda etapa del camino:
enseñanzas sobre la salvación cristiana (Domingos: 21-27)**

 **Dgo. 21o:** Universalidad de la llamada a la salvación en Cristo: la puerta estrecha y la mesa del reino.

Dgo. 22o: Consejos para la mesa del reino.

Dgo. 23o: La decisión por la puerta estrecha (la cruz de Cristo).

Dgo. 24o: La alegría de la salvación.

Dgo. 25o: Las riquezas, peligro para la salvación, cuando el hombre las «sirve» olvidando a Dios.

Dgo. 26o: Las riquezas, peligro para la salvación, cuando el hombre se vuelve insensible a los demás.

Dgo. 27o: La salvación en la fe y el servicio generoso a Dios.

a) Contexto: Lc 9,51 a 19,28 = El *viaje mesiánico* de Jesús a Jerusalén para su propia Pascua.

En los diez capítulos que describen el viaje hasta Jerusalén (Lc 9,51 a 19,28), Lucas, constantemente, recuerda que Jesús está *de camino hacia Jerusalén* (Lc 9,51.53.57; 10,1.38; 11,1; 13,22.33; 14,25; 17,11; 18,31.37; 19,1.11.28).

El evangelio de hoy nos relata un episodio acontecido durante ese largo *camino*. El pasaje de la liturgia de este Domingo está inserto en la **segunda parte** del evangelio de Lucas y donde la ciudad de **Jerusalén**, meta del camino existencial y teológico de Jesús, se menciona varias veces, de las que tres forman parte del itinerario litúrgico post-pascual: Lc 9,51 (13º Domingo ordinario "C"), Lc 13,22-30 (21º Domingo ordinario "C"), y Lc 17,11 (28º Domingo ordinario "C").

La noticia del viaje, colocada al principio del texto evangélico, ayuda al lector a pensar que está en camino con Jesús hacia Jerusalén. Lo que es claro y es definido desde el comienzo el es **destino del viaje**: *Jerusalén*, la capital, donde Jesús será condenado a muerte (Lc. 9,31.51). Lucas raramente, informa sobre el recorrido y los lugares por donde





Jesús pasaba Sólo **al comienzo** del viaje (Lc. 9,51), **en medio** (Lc. 17,11) y **al final** (Lc. 18,35; 19,1), sabemos algo respecto del lugar por donde Jesús estaba pasando.

De este modo, Lucas sugiere la siguiente enseñanza: **tener claro el objetivo** de nuestra vida, y **asumirlo** decididamente como hizo Jesús. Debemos caminar. No podemos detenernos. Pero no siempre es claro y es definido por dónde pasamos. Lo que es cierto es **el objetivo: Jerusalén**, donde nos espera el «éxodo» (Lc. 9,31): *la Pasión, la Muerte y la Resurrección*.

b) Comentario:

v. 22:

La característica que nos ubica para comprender la perícopa evangélica de hoy viene dada por la frase inicial: «(Jesús) *Atravesaba ciudades y pueblos enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén*», dice san Lucas. Lucas recuerda que estamos en el **camino hacia Jerusalén**. Y subraya aquí el ministerio de la **predicación**: «recorría ciudades y aldeas **enseñando**». Fácilmente se puede deducir que entramos en una **etapa «sapiencial»** del camino de Jesús: enseñanzas de vida cristiana. Así lo encontraremos, en efecto, durante los Domingos que corresponden a las perícopas de esta sección (**Domingos 21º - 27º**): la salvación y la universalidad de la fe, el puesto de cada uno en el banquete, el uso de la riqueza, la misericordia de Dios...

El evangelista insiste en ese viaje y su significación. Es la marcha de la vida cristiana, bañada por la experiencia de la Palabra de Dios, hacia un término que es el misterio de la **Pascua, glorificación** del Padre y salvación del mundo. El discípulo, no es sólo el curioso que sigue a Jesús, el que quiere verlo hacer algún milagro –no se dan en el viaje-, sino el fiel, comprometido como él en la trascendencia de ese caminar cuyo término final es la vida eterna.

v. 23:

La salvación finalmente es la plena realización del hombre en el proyecto de Dios. Cubre todo lo humano y divino que hay en el hombre. Su vocación terrena y temporal, y su entrada en el misterio de Dios para la vida eterna. No está reservada para el último momento, quizás angustioso, como se adivina en la inquietud del que interroga a Jesús:

Un espontáneo sale al camino y hace a Jesús una pregunta fundamental. Tiene algo de curiosidad y también de inquietud personal. «*¿Señor, son pocos los que salvan?*». Precisamente el camino que sigue Jesús es el que conduce hacia un término que se espera feliz. Esa inquietud era corriente en ese tiempo, lo ha sido también para algunos en el mundo de hoy, a pesar de que para otros muchos, incluso bautizados, no sea importante. Pero en realidad es cuestión básica: ¿finalmente, hacia dónde me lleva la vida y **qué sentido tiene** mi presencia en el mundo?





A lo largo del camino hacia Jerusalén acontece de todo: informaciones sobre las masacres y los desastres (**Lc 13,1-5**), parábolas (**Lc 13,6-9.18-21**), discusiones (**Lc 13,10-13**) y, en el evangelio de hoy, **preguntas** de la gente: «*Señor, ¿son pocos los que se salvan?*». ¡Siempre la misma pregunta alrededor de la salvación! La interpretación de la pregunta «son pocos los que se salvan» debe hacerse en el contexto de los párrafos que siguen al texto litúrgico, en el evangelio de Lucas: la persecución de Herodes, la alusión a la muerte profética en Jerusalén (**Lc. 13,33**) y el lamento por Jerusalén, que anuncia el llanto sobre Jerusalén, al final del camino (**Lc. 13, 34-35**).

En esta perspectiva nos damos cuenta de que el tema de fondo de la perícopa es la crisis de Israel frente a la universalidad de la salvación por la fe. Resuena, en este texto la experiencia paulina de las dificultades en las sinagogas y, al mismo tiempo, los capítulos 9 a 11 de la carta a los Romanos. Para Jesús no hay ni pocos ni muchos. Todos están llamados a gozar de la felicidad y del amor infinitos de Dios. Con ese fin han sido llamados todos a la vida. Ninguno se ha presentado voluntario, por iniciativa propia en ella

v. 24:

Jesús responde con una parábola. La puerta grande, el portón amplio por el que fácilmente se entraba en grupo, se cerraba cuidadosamente en la noche. Pero había un postigo, **puerta pequeña** abierta en otra mayor, por donde se entraba de uno en uno, cuando se llegaba tarde o inopinadamente.

Dios quiere hijos y no esclavos en su casa. Ha creado libre al hombre, con la capacidad incluso de decirle **no** a Dios. Su amor ha prevalecido sobre su omnipotencia. Por eso la respuesta de Jesús deja entrever que no todos llegan a esa fiesta. El hombre responde con libertad pero pone en juego su felicidad. El camino es claro: «*Luchen por entrar por la puerta estrecha*». Es la que pide la necesaria renuncia a todo egoísmo para vivir como hermanos en la casa de Dios. Es la que acoge a todos como hermanos e invita a ser solidarios con ellos. Es la que pone a Dios encima de todos los amores, y la que sitúa al prójimo en lo íntimo del propio corazón.

En la figura empleada por Jesús se sugiere la idea de una **última oportunidad**. **Dentro** está el reino en su realización final. **Fuera** la vida en el tiempo y en el espacio con todos sus afanes y distracciones. Y es preciso atravesar finalmente esa puerta para encontrar la salvación, el destino último y feliz de la vida. Cristo dirá un día: «**Yo soy la puerta**» (**Jn. 10, 7**).

Jesús habla de «puerta estrecha» e, incluso, que puede cerrarse. Es una llamada a nuestra responsabilidad. La salvación es un don de Dios, pero Dios quiere nuestra respuesta porque respeta nuestra libertad. Por eso dice San Agustín: «Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti».

En el Sermón de la Montaña Jesús sugiere que la entrada en el Reino tiene ocho puertas. Son las ocho categorías de personas de las bienaventuranzas: pobres de espíritu,





mansos, afligidos, hambrientos y sedientos de justicia, misericordiosos, limpios de corazón, constructores de paz y perseguidos por causa de la justicia (**Mt 5,3-10**).

Lucas las reduce a cuatro: pobres, hambrientos, tristes y perseguidos (**Lc 6,20-22**). Solamente entran en el Reino los que pertenecen a una de estas categorías enumeradas en las bienaventuranzas. Esta es la puerta estrecha. Es la nueva mirada sobre la salvación que Jesús nos comunica.

¡No hay otra puerta! Se trata de la conversión que Jesús nos pide. El tiempo hasta la hora del juicio, es tiempo favorable para la conversión, para cambiar nuestra visión sobre la salvación y entrar en una de estas categorías. Jesús, al responder a la pregunta sobre los que se salvan, no declara ningún número sobre los salvados, pero emplea una exhortación - amonestación, para indicar cómo ha de comportarse quien quiera entrar en la Salvación: «Luchen por entrar por la puerta estrecha». Con esta imagen está indicando que el discípulo y la Comunidad deben tomar conciencia del deber que exige el camino de la fe. Así, continúa la enseñanza del Domingo anterior: la vida cristiana es una lucha...

Pasar esa puerta en el último momento no es fácil. El evangelio emplea el verbo *ἀγωνίζομαι* (*agonizomai*), que significa *luchar, combatir*. En el texto está el imperativo de 2ª persona plural: *ἀγωνίεσθε* = *agonizeste* = «*luchen*»). Esta imagen supone que existe un enemigo y adversario que trata de impedir el acceso. Además, uno que se ejercita en el combate supone que tenga un **buen entrenamiento**. Se logra a lo largo de la vida, en el ejercicio firme y perseverante de la vida cristiana. Adquirir capacidad y competencia en esa lucha se basa en el ejercicio constante de la *fe* que se entrega, de la *esperanza* que lucha por el futuro, de la *caridad* que ama al que está más allá y se busca.

v. 25

El texto evangélico es referente al banquete escatológico, con la selección de todos a la puerta, sin distinción, incluso **los paganos** (igual que el festín, rebaño, templo que unifica las naciones, etc.). Jesús introduce una enseñanza verdadera y propia con una parábola que asocia a la imagen de la puerta estrecha la del *dueño de la casa* que, cuando la cierra, nadie puede entrar (**v. 25**). Esto último evoca el final de la parábola de las diez vírgenes en **Mt. 25,10-12**. Estos ejemplos están para indicar que hay **un tiempo intermedio** en el cual es necesario empeñarse por recibir la salvación, antes que la puerta **se cierre** de modo definitivo e irreversible (= **el juicio**).

Se inicia el diálogo dramático del final. La puerta ha sido cerrada. Se oye el golpe desesperado de los que llegan últimos queriendo forzar la entrada y el grito que pide misericordia: «**Señor, ábrenos**». La respuesta es dolorosa: «**No sé de dónde son**». Terrible palabra salida de quien es la misericordia encarnada, el mismo Señor. Nos debe hacer reflexionar. Ser desconocidos de Dios es entrar en el *dominio del no ser*. Por tanto, no basta alegar otros títulos. Incluso *haber conocido al Señor* en la vida, cuando ese conocimiento no le ha dado todo el espacio que él quiere tener en ella, inseparable de todos sus hijos. La frase de Cristo es terrible: **No sé quiénes son ustedes**. No reconoce como discípulo al que no opta por Dios.



v. 26:

Se escucha un último intento: «*Hemos comido y bebido en tu presencia y has enseñado en nuestras plazas*». En algunas traducciones se lee: *Hemos comido y bebido «contigo»*. La palabra griega original (ἐφάγομεν ἐνώπιόν σου = hemos comido frente a tí) indica, más bien, la *distancia* que la cercanía.

Comer «juntos» hace **compañeros**. Estar **frente a frente** en el mismo banquete sugiere **lejanía**. Han oído la palabra predicada en sus plazas pero no la han acogido oportunamente. No han sido escuchas obedientes de la Palabra de Dios. Todo eso no basta cuando ha faltado el compromiso, el correr la misma suerte del banquete compartido, el conformar la vida con la palabra escuchada. Son los **oyentes olvidadizos** de que habla Santiago (**Stg. 1, 22-25**). Esto nos quiere enseñar que no basta haber convivido con Jesús; no basta haber participado en la multiplicación de los panes y haber escuchado sus enseñanzas en las plazas de las ciudades y en los poblados. No basta haber ido a la iglesia y haber participado en las instrucciones del catecismo

v. 27:

Y vuelve a repetir la respuesta dolorosa del v. 25: «*¡No sé de dónde son!*», que se hace más dolorosa con la cita el **Sal. 6,9**: «*¡Retírense de mí, todos los mlhechores!*»... Trágico **malentendido y falta total de conversión**, de comprensión. Jesús declara «**injusticia**» aquello que los demás consideran ser cosa justa y agradable a Dios. Es una visión totalmente nueva sobre la salvación. La puerta es realmente estrecha.

vv. 28-29:

Cristo advierte a los oyentes que no comprenden los signos de los tiempos y no se percataban del alcance de su ministerio (v. 28). Quedarán excluidos los que no entiendan la misión de Jesús. Y entrarán en el Reino los paganos que la entiendan y los que obran y practican la justicia. La pertenencia al pueblo no será decisiva, solamente la práctica de la justicia. Es preciso aceptar personalmente el Evangelio de Jesús y mantenerse dispuestos a cumplirlo, a pesar de las caídas que se puedan tener o debilidades que no se logren superar.

La invitación es a sentarnos todos en familia, como hermanos, a la mesa de la fiesta eterna de Dios. La invitación que nos hace el Señor es la más seria y trascendente de la vida. Está en juego la plena realización de nuestro ser de hombres y mujeres, y de hijos de Dios. Lo que va más allá de lo que nos rodea y nos impide mirar en lontananza.

No podemos ser oportunistas de último momento sino hijos que aportan su trabajo durante toda la vida para realizar el encargo del Señor: «*Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos*» (**Mt. 28, 16-20**). Nos lo conceda el Señor.





Y lo dice el mismo Señor en el evangelio: «*Vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios*». Este evangelio abre además nuestro corazón hacia el mundo entero. No formamos un grupo privilegiado que excluye a otros sino una *Iglesia católica, universal, de puertas abiertas* a toda la Humanidad. Encontramos hermanos y hermanas en todos los rincones de la tierra y cuánto diéramos porque la casa de Dios colmara pronto su plena dimensión.

v. 30:

«Hay últimos que serán primeros y hay primeros que serán últimos»..Se trata de un gran cambio que se operó con la venida de Dios hasta nosotros en Jesús. La salvación es universal y no sólo del pueblo judío. Todos los pueblos tendrán acceso y podrán pasar por la puerta estrecha.

No se entra al reino de Dios automáticamente. Esa pertenencia implica una lucha seria de toda la vida. Somos hoy llamados desde la **primera hora**, desde nuestro Bautismo en el umbral de la entrada a la vida, y podemos llegar de últimos. Podemos estar precedidos por otros que conocieron **tarde** al Señor pero lo amaron decididamente.

3. MEDITACIÓN: ¿Qué NOS DICE el texto?

Las dos puertas

Tengamos el valor de hacernos la pregunta fundamental que da sentido a la vida. Nos preguntamos tantas cosas: Qué camino escojo, cuál profesión, qué sitio, en qué partido o movimiento me inscribo, a quién escojo para fundar el hogar, quiénes van a ser mis amigos. Dios nos da hermanos que no escogemos sino que recibimos como don suyo. Pero es bueno que en momentos claves de la vida nos acerquemos a lo profundo de nuestro corazón y allí nos interroguemos con verdad si el camino que seguimos es el camino de la vida o el camino de la frustración eterna.

El mundo nos ofrece la **puerta ancha**, el Señor nos invita a entrar por la **puerta estrecha**. Sabemos lo que significa eso. No lo tomemos como un camino de tristeza y amargura. También las vamos a encontrar en el camino fácil. Entremos por el camino del Señor con valor y alegría. Sepamos llenar la vida de esperanza, de compromiso, de solidaridad, de fidelidad en el seguimiento del Señor. Cuando leamos el evangelio, en todo paso, digámonos qué me está pidiendo el Señor a mí. No pensemos que son palabras para otro. Han salido del corazón del Padre Dios para cada uno de nosotros.

La puerta estrecha de la salvación reclama la necesidad de parte del hombre de empeñarse en acceder a tal don. La imagen no dice que Dios quiere hacer difícil la entrada a la salvación, sino que subraya la corresponsabilidad del hombre, la exigencia del trabajo y el empeño de alcanzarla. El pasar por la puerta estrecha – según San Cipriano – indica transformación: «¿Quién no desea ser transformado lo más pronto posible a imagen de Cristo?». La imagen de la puerta estrecha es símbolo de la obra de transformación que





empeña al creyente en un lento y progresivo trabajo sobre sí mismo para delinarse como personalidad plasmada por el Evangelio.

Precisamente el hombre que arriesga la perdición es aquél que no se propone ninguna meta y no se empeña en ninguna relación de reciprocidad con Dios, con los otros y con el mundo. Muchas veces la tentación del hombre es proponerse otras puertas, aparentemente más fáciles e utilizables, como la del repliegue egoísta, no importarle la amistad con Dios y las relaciones con los demás.

Llamada universal

Al Pueblo de Dios están llamados todos. La primera lectura, escrita luego del regreso de Babilonia muchos años antes de la venida de Cristo, nos cuenta aquella procesión incontable de pueblos hacia Jerusalén. «Vendrán para ver mi gloria», dice el texto. Esa gloria no es sólo el esplendor divino que encandila al hombre y provoca en él la admiración y la alabanza, sino sobre todo la manifestación de Dios cuando, haciendo gala de su poder y su misericordia, interviene para salvación de todos.

El tema de la actividad misionera de la Iglesia -como ya se ha dicho en otras ocasiones- es abundante en Lucas, como corresponde a un discípulo de Pablo. Entre los diversos modos de situar esta actividad misionera, la que se desprende de los textos de hoy es particularmente profunda: el anuncio del Evangelio a todo el mundo no es algo que se pueda hacer o dejar de hacer, según parezca; la Iglesia está comprometida en ello, por voluntad de Jesús y por fidelidad al gran designio de Dios.

4. ORACIÓN: ¿Qué LE DECIMOS NOSOTROS a Dios?

Concédenos, Padre,
que tu Iglesia sea *«casa y escuela de comunión»*
entre todos quienes respondan al llamado de tu Hijo
a pertenecer a su Pueblo.
Que seamos capaces de aceptar con buena voluntad
las correcciones que nos puedes hacer,
que demos a nuestra fe su verdadero valor
y luchemos con decisión y entusiasmo
para fortalecerla y ofrecerla a los demás.

Que no nos desanimemos en nuestro camino de discípulos
y crucemos con alegría la puerta estrecha
que nos conduce hacia Tí.

Amén.



5. CONTEMPLACIÓN - ACCIÓN: ¿Qué NOS PIDE HACER la Palabra?

Dios no condena...

Se oye decir que Dios es bueno y no puede castigar. Que es Padre y no puede condenar. *Y es verdad. Se tiene razón.* Dios es bueno y no castiga. Dios no condena. Somos nosotros quienes nos cerramos la puerta, equivocamos el camino, nos salimos de la ruta y nos provocamos el accidente. Somos nosotros, por tanto, quienes nos salvamos o nos perdemos.

Relación con la Eucaristía:

La Eucaristía reúne una asamblea en la que no se necesita otra carta de identidad que la participación sacramental en la salvación de Jesucristo. No es la «*mesa de los amigos*», sino la «*mesa de los cristianos*».

Al reunimos para celebrar la eucaristía, la misa, pensemos que es el Señor quien nos convoca para:

- compartir y proclamar en alto nuestra fe,
- escuchar y acoger la Palabra de Dios con generosidad,
- revisar nuestro compromiso cristiano,
- y reafirmar nuestro propósito de fidelidad a Dios.

La salvación ya realizada, se va construyendo y haciendo realidad poco a poco en cada uno. En la Eucaristía celebramos la salvación que Cristo nos otorga. El proyecto de salvación-liberación en cada uno, en la comunidad y en el mundo se hace entrando en el misterio de Cristo, que nos rescata para una vida nueva, por eso estamos alegres; lo celebramos culturalmente, para que toda la vida tenga sentido salvador.

Algunas preguntas para pensar durante la semana:

1. ¿Cuál es mi «filosofía» con respecto a las pruebas de la vida?
2. ¿Pienso que porque soy católicos mi salvación está ya asegurada?
3. ¿Cómo entendemos nosotros la salvación cristiana?
4. Revisemos sus condiciones y características: ¿Qué exigencias presenta la salvación personal y la colectiva en cada uno?
5. ¿Te empeñas en construir relaciones libres y maduras o estás replegado sobre ti mismo?
6. ¿Estás convencido de que la salvación se te es dada mediante la dimensión relacional de comunión con Dios y con los otros?.

Carlos Pabón Cárdenas, CJM.

